

Despedido por tocar el piano

Fired for playing the piano

Walter Ledermann D.¹

¹Centro de Estudios Humanistas Julio Prado.

Recibido: 11 de abril de 2024

Como buen anciano, hacía una noche recuerdos después de la cena y me vino a la mente Manuel Villarroel, miembro del equipo que desarrolló en Chile, en el extinto Instituto Bacteriológico, las vacunas antitetánica y triple DPT¹, preguntándome qué sería de él. Habiendo en 1969 ganado, por concurso abierto y en un segundo intento, el cargo de Jefe del Departamento de Inmunología, estimé llegada la ocasión para llevar a cabo este proyecto de Darío Pinto y nos pusimos a trabajar en él como prioridad uno, para lo cual contratamos a un joven médico veterinario recién egresado, hombre tranquilo, amable y simpático, quien parecía no interesarse en trabajar con animales y, como vimos al poco tiempo, tampoco con toxinas.

No lo culpo pues era un trabajo recio, peligroso y maloliente: los bacilos Gram-positivo anaerobios suelen, en su metabolismo normal, generar ácidos muy hediondos, que impregnaban el ambiente del Departamento, a diferencia del *Corynebacterium diphtheriae*, un Gram-positivo aerobio que cultivábamos en superficie en medio líquido y en un centenar de botellas planas, sobre cuya superficie aparecía un velo espeso de un olor aromático a miel, perfume que llegaba hasta la Dirección del establecimiento. Era trabajo rudo porque debíamos sembrar grandes volúmenes; y peligroso, por la toxicidad de las bacterias y por los pesos que debíamos levantar: en una ocasión tomé un chuico de 20 litros lleno de una mezcla de toxina activa y otra ya trocada en toxoide, para vaciarlo en una suerte de olla giratoria; el chuico estaba mojado por fuera y resbaló de mis manos, chocó en una palanca, me bañó de la cintura abajo y me hizo un corte en el muslo, cuya cicatriz conservo orgulloso.

El problema era que, en un arranque de bondad, Darío y yo habíamos concedido permiso al tecnólogo médico de la Sección Toxinas para estudiar odontología, carrera que al correr del tiempo se hizo muy exigente, al punto que rara vez veíamos aparecer al favorecido, y ahora comprobábamos consternados que Villarroel cumplía... pero sin entusiasmo, sin esforzarse ni poner el alma en la tarea. Comenzamos a pensar en cancelar el contrato, pero se nos hacía duro, juntábamos optimismo y le dábamos otra oportunidad, hasta que un día...

--¿Le gusta el jazz? – me preguntó.

--Algo – respondí sorprendido, citando luego a Louis Armstrong, al oír lo cual frunció el ceño.

--Es el único que conocen en Chile – comentó – porque es convencional, adocenado y “comercial”. Nosotros, porque somos tres los del grupo *Free Jazz*, somos rupturistas; si quiere conocernos, vaya esta noche.



Correspondencia a:

Walter Ledermann Dehnhardt
humanitasjulioprado@gmail.com

Así diciendo, me ofreció una invitación para un local en la calle Pedro de Valdivia, donde aparecí, muy intrigado, a la hora en punto. Era un sitio pequeño y bullicioso; Villarroel me presentó a sus compañeros, uno de los cuales era su hermano; precavido, fui a sentarme en una orilla, por si quería escaparme en algún momento.

Entonces ocurrió lo increíble: Manuel saludó, agradeciendo a los asistentes, se sentó y... ¡se transfiguró en un energúmeno! Tocaba en forma endemoniada, sus cabellos caían sobre sus ojos, sus dedos volaban por el teclado y su música era indescriptible, bellísima, arrebatadora: tocaba con más furia y pasión que el rockero Jerry Lee Lewis, ése que se subía al piano, tocaba con los pies y una vez prendió fuego al instrumento... La diferencia entre ambos era abismal: Manuel era un gran artista, de ello regresé a casa convencido y con mi decisión tomada.

--¿Qué decisión? – preguntó mi hija.

--Lo despedí.

--¿Pero cómo pudiste hacer eso! ¿Por qué?

--Porque vi que era un gran, gran pianista, al cual no le gustaba su profesión y estaba perdiendo el tiempo en el Instituto, corriendo el riesgo de convertirse en otro de tantos fracasados que buscaban allí refugio y vegetaban por años y años. De modo que hablé con Darío, quedamos de acuerdo y lo cesamos un mes después, ocasión en que le repetí que su futuro estaba en la música. No lo tomó a mal, se despidió como un caballero y no volvimos a verlo: me pregunto que habrá sido de él.

Mi hija ya buscaba en el internet de su celular: Manuel Villarroel – pianista de jazz – años sesenta – veterinario – *free jazz*... ¡Eureka, apareció!

Era un músico famoso, llevaba en Francia 40 años, componía, tocaba, enseñaba... ¿Sería él? Dudábamos, hasta que lo encontramos dando una entrevista en la TV española, dónde contaba cómo, de niños, en su casa había un piano que su madre tocaba “de oído”; cómo su padre les exigió que estudiaran una carrera para ganarse

la vida, cosa que hicieron y al egresar se sintieron libres. Entonces aprovechó la veterinaria para conseguir una beca en Buenos Aires, donde empezó a tocar de verdad; luego lo invitaron a Alemania y de ahí saltó a Francia para reunirse con su hermano devenido en baterista... En fin, que el hombre se había realizado y triunfado. Nos faltaba la imagen, pues el entrevistado era del todo calvo y no calzaba con el de mis recuerdos, hasta que encontramos una foto de hace 20 años, tocando con la cabellera negra flotando y exclamé: ¡Es él!

Quiero creer que al echarlo le di el empujón necesario para viajar; quizás mis elogios le sirvieron de apoyo, no sé... pero la mía, al final, fue una buena acción.

Tras su despedida, contratamos a un químico farmacéutico melindroso, temeroso de las bacterias, que duró un mes; luego otro, que se fue a los dos días “porque las vacunas no eran inmunología...” ¡Plop! Hasta que dimos con una tecnóloga harto eficiente y pudimos introducir en Chile la vacuna triple en los años setenta, terminando con la pesadilla de fabricar miles y miles de dosis de antitoxina tetánica *made in house*, tantas, pero tantas, que si se hubieran puesto todas, en 1969 habría recibido una dosis en servicios de urgencia uno de cada cien chilenos.

El tecnólogo-dentista fue despedido junto con Manuel y formó un centro médico donde me iniciaría como pediatra; la tecnóloga que lo reemplazó se fue a Australia y ya no volvió; Darío Pinto emigró a Brasil donde desarrolló una brillante carrera en control biológico, especialmente en bancos de sangre; y yo me quedé aquí, haciendo memoria.

Referencia bibliográfica

1. Ledermann W. Producción de vacunas en el antiguo Instituto Bacteriológico de Chile. Rev Chilena Infectol 2022; 39(5): 659-66.